

mera» (1). Gregorio el Grande recurrió á los milagros para vencer á los que dudaban; sin embargo, en el siglo XII había todavía muchos creyentes que consideraban como imposible la resurrección (2). El escepticismo no se detuvo en la concepción cristiana; llegó hasta el materialismo. Muchos falsos cristianos, dice Alain de Lille, piensan que el alma perece con el cuerpo; el doctor escolástico quiere avergonzar á los discípulos de Cristo por negar una verdad que habían reconocido los filósofos paganos (3). La incredulidad tomó una extensión tan peligrosa, que los concilios se vieron obligados á condenarla (4). Habíase difundido por todos los países de la cristiandad. Juan Ruysbroek combate á los hombres que no creían ni en Dios ni en la otra vida (5). Erasmo habla de los epicúreos de Bohemia, que negaban la inmortalidad del alma (6). Tal es el efecto ordinario de las creencias que contrarian á la razón; cuando la razón las rechaza, sucede con gran frecuencia que arroja el fondo y la forma juntamente. Esto es lo que sucedió con la inmortalidad del alma; no pudiendo la razón creer en la resurrección ni en las penas eternas, cayó en la más absoluta incredulidad.

§ VI.—Los Averroístas.

En todos los libros pensadores de la Edad Media se descubre un soplo de la antigüedad. El helenismo fué vencido por el cristianismo en cuanto se identificaba con el paganismo; pero contenía además otro elemento que no podía perecer, la libertad de pensar, el dón más hermoso de Dios. Durante largos siglos la razón sufrió el yugo de una fe ciega: para emanciparla, bastó un rayo

- (1) GREGORII MAGNI *Moralia in Job*, XIV, 70; in *Ezechielem*, II, 8, 6.
 (2) HUGONIS DE SANCTO VICTORE *De Sacramentis*, lib. II, pars. XVII, c. 13.—BULÆUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. II, p. 512 y sig.
 (3) ALANUS DE INSULIS, *contra Waldenses*, c. 27 y 30 (*Op.*, p. 220, 223).
 (4) *Concil. Tarracon.*, 1292: «*Dicere audent quod non sit resurrectio mortuorum, nec vita alia futura.*» (MANSI, t. XXIV, p. 1109.)
 (5) J. RUYSBROEK, *De calculo*, p. 283.
 (6) ERASMI *Epist.* 463 (*Op.* t. III, P. 1.^a, p. 503).

de la cultura helénica. Esto es tan cierto, que desde el siglo XI hubo sabios admiradores de las letras antiguas que abandonaron el catolicismo y fueron condenados á la hoguera (1). Ahora bien, por un beneficio de la Providencia, la filosofía ortodoxa se inspiraba en un pensador griego: Aristóteles rompió los lazos que el dogma imponía al libre pensamiento. Sabida es la maravillosa influencia que ejerció el discípulo de Platon sobre la escolástica. Uno de los grandes doctores del siglo XIII fué llamado el noble de Aristóteles (2). A medida que se avanza en la Edad Media adquiere más autoridad su nombre; en vísperas de la revolución religiosa del siglo XVI, puede decirse que la filosofía no era ya cristiana más que de nombre. Un teólogo representó á Aristóteles como el precursor de Cristo. En algunas iglesias se leía su *Moral* de la misma manera que el *Evangelio*, ó por mejor decir, la *Moral* era preferida (3). Los neo-católicos maldicen esta influencia ejercida por un pagano; ven en ella el principio del racionalismo y de las tendencias anticristianas que se echan en cara á la escolástica (4). Bajo el punto de vista del cristianismo tienen razón; porque la doctrina aristotélica está en oposición completa con los dogmas cristianos. El dios de Aristóteles no es más que el primer motor, una abstracción, sin vinculos con el mundo moral, sin acción sobre los individuos y las sociedades. No puede decirse precisamente que niega la inmortalidad del alma; no se ocupa de este punto. Si su filosofía no procede de la sensación, conduce casi inevitablemente al sensualismo. La incompatibilidad del aristotelismo y del cristianismo no fué desconocida en la Edad Media. El fogoso enemigo de los filósofos, Gautiero de San Victor, echó en cara á Abelardo, á Lombardo, á Pedro de Poitiers y á Gilberto Porretano el inspirarse en el filósofo griego; de aquí, dice, sus errores sobre la Trinidad y la Encarnación (5). La antigüedad es la libertad del espíritu, y la libertad del espíritu en el cristianis-

- (1) GLABER RADULPHUS, II, 12.
 (2) ALBERTO EL GRANDE (TENNEMANN, *Geschichte der Philosophie*, t. VIII, p. 488).
 (3) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 74, nota c; II, 4, § 146, nota c.
 (4) F. SCHLEGEL, *Philosophie der Geschichte*, lección XIV.
 (5) BULÆUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. II, p. 403.

mo se traduce en herejías: *Eymerico*, en su *Manual de los Inquisidores*, pone á Aristóteles á la cabeza de los herejes, por haber enseñado la eternidad del mundo y negado la resurrección (1). El Pontificado vió el peligro, Gregorio IX escribió á la Universidad de París para señalarle la contrariedad entre la religion cristiana y una filosofía que no conoce al verdadero Dios (2).

La voz de los papas no fué escuchada; el movimiento que arrastraba á los espíritus hácia la antigüedad era irresistible, y creemos que era providencial. Esto no quiere decir que preferimos la filosofía de Aristóteles al cristianismo; no sentimos ninguna simpatía hácia los errores que bajo su nombre se propagaron por la cristiandad; creemos al Dios del Evangelio superior al Dios de Aristóteles, y preferimos la inmortalidad, aunque viciada por la concepcion del infierno, á la destruccion de la individualidad humana. Si vemos la accion de la Providencia en la influencia secular del filósofo griego, es porque era necesario un contrapeso á la dominacion absoluta del catolicismo. La Iglesia tendia á encadenar la razon en los vínculos de un dogma declarado divino, y por consiguiente inmutable; si hubiera triunfado, la independenciamiento hubiera concluido. La humanidad encontró un instrumento de libertad en los escritos de Aristóteles. Poco importan los errores del filósofo; más vale que el espíritu humano se ejercite en errores que no que se entorpezca en la inaccion y en la servidumbre.

El camino por donde llegó la filosofía de Aristóteles á los filósofos cristianos nos hace ver la intervencion de Dios en la marcha de la humanidad con evidente claridad. Ha sido necesario un concurso de circunstancias extraordinarias para que la Edad Media pudiese ser iniciada en la filosofía griega. La lengua en que ha escrito Aristóteles pereció en el cataclismo de la invasion de los Bárbaros, y con esto parecia roto todo vínculo entre el Occidente cristiano y la antigüedad griega. Merced á la más asombrosa de las revoluciones, un pueblo del Oriente, arrancado de

(1) EYMERICUS, *Directorium Inquisitorum*, p. 238.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. V, l. p. 557.

sus desiertos por un profeta, se convierte en un agente de civilizacion: los Árabes comunicaron la filosofía de Aristóteles á los pensadores de la Edad Media. Pero ¿quién servirá de intermedio entre los Árabes y los cristianos? Otra raza oriental, tan enemiga de Cristo como los sectarios de Mahoma, se encargó de traducir al latin las traducciones árabes para uso de la cristiandad. Es menester negar sistemáticamente la Providencia, para no ver la mano de Dios en esa serie de hechos casi milagrosos.

Sin embargo, el camino por donde la filosofía de Aristóteles fué transmitida á la Edad Media, aumentó el peligro que presentaban los escritos del filósofo. Los Árabes y los Judíos desarrollaron hasta sus últimas consecuencias la doctrina aristotélica sobre Dios y el hombre, de donde resultó un sistema filosófico en todo hostil á la religion cristiana. El Dios de los filósofos árabes es un Dios sin libertad y sin providencia; se confunde con las leyes generales del universo, se ocupa de la especie y no del individuo. En esta doctrina desaparece la personalidad del hombre; *Averroes* dice con toda claridad que la inmortalidad del alma no es más que el renacimiento eterno de la humanidad, y que el último término de la perfeccion del hombre es su absorcion en Dios (1). La filosofía árabe hace más que arruinar el cristianismo, destruye toda especie de religion, porque no hay ya religion cuando no hay un Dios en relacion con el mundo creado por él; no hay ya religion cuando el hombre no tiene pasado ni porvenir. Sin embargo, hasta en esta filosofía antireligiosa hay algo verdadero. El catolicismo práctico es una especie de especulacion: en la Edad Media se compraba literalmente el cielo, haciendo donaciones á la Iglesia. No se diga que estas aberraciones no nacen de la doctrina católica; son su expresion material. El cristianismo enseña que la felicidad del paraíso es el último término del destino del hombre; las buenas obras son la manera de alcanzar este objeto; luego la virtud no es ya el ideal, sino el instrumento; por consiguiente, la religion y la moral se convierten en un cálculo. Bajo este punto de vista *Averroes* tenia razon en decir: «Entre las ficciones peligrasas deben contarse las que tienden á no hacer considerar la

(1) BENAN, *Averroés y el Averroismo*, p. 81-88, 106, 110-114.

virtud más que como un medio de conseguir la felicidad; en este caso la virtud ya no es nada, puesto que el que se abstiene del placer lo hace con la esperanza de ser indemnizado con usura. El valiente no irá á buscar la muerte más que para evitar un mal mayor. El justo no respetará los bienes ajenos más que para adquirirlos por duplicado» (1).

Pero por otra parte la filosofía árabe conduce á la indiferencia religiosa y á la incredulidad. No sin razón pasó Averroes en la Edad Media como el representante por excelencia de la impiedad, «el perro rabioso que, arrebatado por un furor execrable, no paraba de ladrar contra Cristo y contra la fe católica» (2). La religión, á sus ojos, no es más que una obra de error; así es que dice que es inútil para los filósofos y solamente necesaria para los que no pueden elevarse hasta la filosofía. Bajo este punto de vista, toda religión es igualmente buena é igualmente mala; Averroes considera como iguales al mosaísmo, al cristianismo y al mahometismo; hasta se le atribuye la idea que concentra todas las blasfemias de la incredulidad, la que no ve más que tres impostores en los grandes hombres que fundaron las tres religiones dominantes (3).

Tales eran las doctrinas religiosas de Averroes, si puede darse este nombre á la filosofía que destruye la religión en su esencia. Creeríase que estas opiniones sacrílegas han debido ser rechazadas con horror en una edad profundamente cristiana; pero, ya lo hemos dicho, el cristianismo no reinaba sobre las almas de una manera tan absoluta como se cree; nada lo prueba mejor que la acogida que tuvo la filosofía árabe. Desde principios del siglo XIII las doctrinas de Averroes se habían difundido por Francia. En 1240 el obispo de París censuró varias proposiciones que parecen tomadas de una obra de Averroes (4). En 1269 fueron condenadas por el obispo de París, de conformidad con los maestros de teología, trece proposiciones que resumen los errores

(1) RENAN, *Averroés*, p. 122.

(2) RENAN, *ib.*, p. 237.—PETRARCH, *Epist. sine titulo*, p. 636.

(3) RENAN, *ib.*, p. 131, 233, 234.

(4) *Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXV, p. 329.—BULÆUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. III, p. 177.

del filósofo árabe. Estas repetidas censuras no impidieron que tales doctrinas cundieran por París, según dice un biógrafo de Alberto el Grande (1). El doctor alemán conoció el peligro de estas funestas doctrinas; las combatió en un tratado especial por orden del papa Alejandro IV. Alberto se dedicó principalmente á refutar la unidad de la inteligencia que destruye la inmortalidad individual. Pero ¿quién lo hubiera creído? ¡Era tan grande el atractivo que dominó al adversario de Averroes sin que lo advirtiese! (2). El Ángel de la Escuela, á su vez, rompió una lanza contra el filósofo heterodoxo (3). Los pintores italianos han celebrado el triunfo de Santo Tomás sobre Averroes; sin embargo, las doctrinas de este último se sostuvieron. La Iglesia, inquieta, las sometió á una crítica detallada; de aquí las censuras de 1277, pronunciadas por Esteban Tempier, obispo de París (4).

Un sabio ilustre dice que el obispo de París no había adquirido por sus trabajos filosóficos el derecho de censurar tan fuertemente los de los demás: pero, añade Daunou, los personajes que han estudiado poco, que han ejercitado poco su inteligencia, son, precisamente, los más inclinados á condenar, y los que se deciden más fácilmente (5). Para admitir esta opinión tenemos que hacer una reserva: la Iglesia apreciaba perfectamente el peligro con que las doctrinas de Averroes la amenazaban, y no se engañaba, porque la incredulidad saltaba á la vista. La religión era considerada como una fábula; hacíase consistir en la filosofía la verdadera sabiduría, sin cuidarse de si enseñaba doctrinas heréticas; para defenderse de las hogueras se recurría á la distinción del orden teológico y del orden filosófico. El Papa y el sínodo de París se declararon con viveza contra esta distinción páfida: «Se pretende que hay cosas verdaderas según la filosofía, aún cuando no lo

(1) RENAN, *Averroés*, p. 213 y sig.

(2) RENAN, *ib.*, p. 184 y sig.

(3) S. THOMAS, *De unitate intellectus contra Averroistas* (*Op.*, t. XVII, página 97, v.º; 104, v.º).—RENAN, *ib.*, p. 190.

(4) *Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXV, p. 330.—BULÆUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. III, p. 433.

(5) DAUNOU, en la *Historia literaria de la Francia*, t. XIX, p. 354.

sean según la fe, como si hubiera dos verdades contrarias, y como si en oposición con la verdad de la Escritura, pudiese encontrarse la verdad en los libros de paganos condenados, de los cuales se ha escrito: *Yo confundiré la sabiduría de los sabios.* Esta blasfemia levantó también á Raimundo Lulio contra Averroes; sostuvo atrevidamente que, si los dogmas cristianos eran absurdos á los ojos de la razón é imposibles de comprender, no podía suceder que fuesen verdaderos bajo otro punto de vista (1). Estamos conformes con Raimundo Lulio, pero se equivocaba al creer que el cristianismo contenía la verdad absoluta; él mismo fué acusado de herejía, porque quiso ensanchar las estrechas puertas de la Iglesia ortodoxa, para dar cabida en ella á todas las razas humanas.

Al ver las numerosas censuras emanadas de la Iglesia de París contra Averroes, pudiera creerse que los errores del filósofo árabe inficionaban con especialidad la Francia (2). No es así. París era en la Edad Media el centro filosófico de Europa; allí se citaban los pensadores de todo el Occidente; los más ilustres doctores de la Universidad en el siglo XIII no pertenecían á la Francia, sino al extranjero; Alberto el Grande era alemán; Santo Tomás, italiano; Scoto, inglés. No debe, pues, extrañar que el averroísmo se difundiese por toda la cristiandad. En Inglaterra, el arzobispo de Cantorbery repitió casi literalmente las censuras del sínodo de París (3). En Italia, junto al Pontificado, es donde el averroísmo tenía más partidarios. Allí salió del círculo siempre estrecho de la escuela para invadir las clases ilustradas y la alta sociedad; era preciso hacer profesión de incredulidad para ser tenido por hombre de mundo. Escuchemos á Petrarca: «Si no temiesen á los suplicios de los magistrados más que á los de Dios, se atreverían á atacar, no solamente la creación del mundo, sino la fe católica y el dogma sagrado de Cristo. Cuando no los contiene este temor, y hablan libremente en sus conciliábulos, se ríen de Cristo y adoran á Aristóteles. En público protestan de que ha-

(1) *Acta sanctorum, Jun.*, t. V, p. 677.

(2) Esto es lo que dice el sabio TIRABOSCHI, *Storia della letteratura italiana*, t. V, P. 1.^a, p. 188.

(3) D'ARGENTRÁ, *Collectio judiciorum*, t. I, p. 175-218.

blan abstracción hecha de la fe; en secreto, no hay blasfemia, chiste, sarcasmo que no profieran con grandes aplausos del auditorio. Llamán idiota á Jesucristo y charlatanes á los Apóstoles y á los Santos Padres» (1).

Creeríase que el averroísmo había llegado al último grado de la impiedad; sin embargo, los filósofos italianos de los siglos XV y XVI encontraron medios de ir más allá que el filósofo árabe. Averroes admitía la vuelta del alma á Dios, una especie de inmortalidad colectiva; Pomponacio atacó esta doctrina y profesó el materialismo puro: «La inmortalidad del alma, decían los Italianos, ha sido inventada por los legisladores para refrenar al pueblo; los milagros son imposturas ó ilusiones; la religión ha sido hecha para los pobres de espíritu.» Hé aquí la doctrina de Pomponacio la cual no impidió que el filósofo hallase un protector en el cardenal Bembo (2). La distinción hipócrita entre el terreno de la fe y el de la razón tranquilizaba las conciencias de los príncipes de la Iglesia. Sin embargo, esta distinción comprometía la religión, porque implicaba que los dogmas cristianos son contrarios á la razón, y una vez admitida esta contradicción, la ruina del cristianismo era inevitable. El Pontificado se conmovió; el concilio de Letran condenó á los que negaban la inmortalidad del alma, á los que no admitían más que una inmortalidad colectiva, y á los que sostenían que estas opiniones, aunque contrarias á la fe, eran verdaderas en filosofía (3). El decreto de Letran no puso remedio al mal. La contradicción entre la razón y el dogma era demasiado real; los filósofos no podían ajustar sus especulaciones al dogma, y como el temor á la hoguera les impedía manifestar su pensamiento, continuaron haciendo la distinción entre la filosofía y la teología; demostraban un respeto profundo al cristianismo, y con su enseñanza lo destruían. Parécenos que puede disculparse á los filósofos. Cuando la autoridad abusa de la fuerza para encadenar el pensamiento, la culpable es ella y no la debilidad que por medio de la astucia procura huir de la violencia.

(1) PETRARCA, *Senil.*, v. 3.—ID., *De sui ipsius et multorum ignorantia*, página 1038.—RENAN, *Averroés*, p. 264-267.

(2) RENAN, *Averroés*, p. 283-285, 289.

(3) *Concil. Lateran.*, a. 1512, *Sess. V* (LABBE, *Concil.*, t. XIX, p. 842).